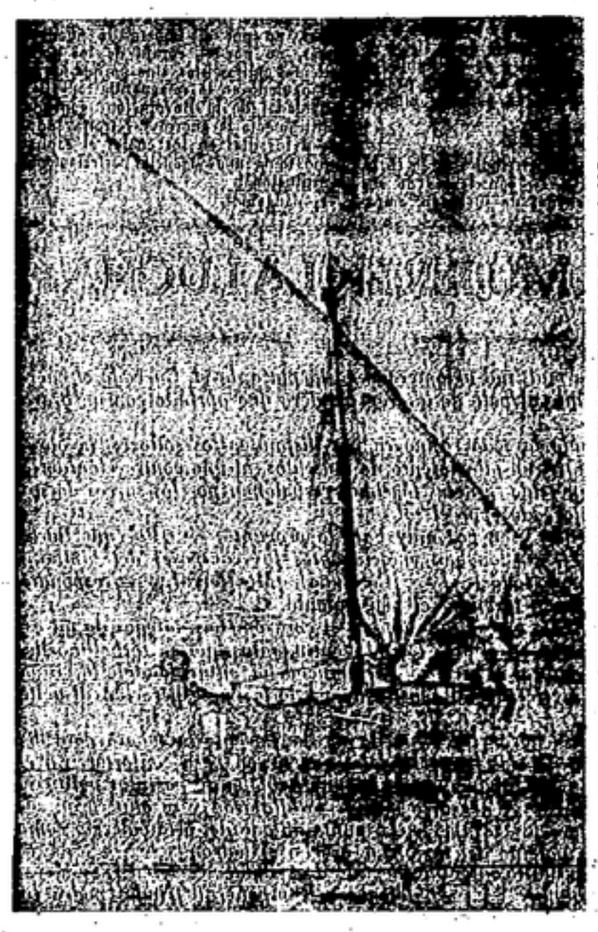
La producción y la economía en manos de los trabajadores unificados en la guerra y la Revolución

Estamos atravesando una etapa culminante de la revolución iniciada el 19 de julio. Al detener y derrotar al fascismo, el proletariado español tomó en sus manos la dirección políticos y económica de la nación. Los estadistas, los jurisconsultos, los profesores y maestros de la política, hábiles en el escamoteo de los juegos y combinaciones palaciegas, no supieron enfrentar el problema vivo y ardiente de la revolución. Se marcharon al foro y dejaron en escena a las masas que tomaron Atarazanas, la Telefónica, la plaza de la Universidad y otros muchos lugares que fueron baluarte de la sedición organizada. Pero sobrevino la guerra. Si como en Cataluña, Valencia, Madrid, etc., se hubiera tenido en todas partes el acierto o la suerte de aplastar al fascismo, fusilando a los Goded y a toda la pandilla de militarotes, todo sería diferente a esta hora.



Sobrevino la guerra, y todos sabemos lo que ella, por imperativo inapelable de las circunstancias, nos impuso a todos.

Transacciones, sacrificios, marchas y contramarchas que no pueden ser tema para fáciles oposiciones ni para cómodas posturas demagógicas. Debe ser motivo de meditación y materia para soluciones terminantes. Nuestro esfuerzo desea eso: soluciones. No queremos que la revolución se detenga y menos aún que retroceda. Revolución que no avanza, que no llega hasta el punto álgido de su función natural e histórica, es al fin una catástrofe. Como fueron muchas, como serán otras, quizá. Pero España no hizo la revolución por casualidad. La hizo porque latía en sus entrañas. Porque la venía viviendo desde hace muchos años y se manifestaba en esas gestas sublimes que antes, durante y después de la dictadura, tuvieron en continua conmoción al Gobierno y a la burguesía española. Todos recordamos el pasado y recordando podemos unirlo lógicamente al presente, para comprobar, por medio de la confrontación de los hechos, que este movimiento no es una cosa esporádica, ni es producto inesperado de una fortuita combinación de las circunstancias. Es el resultado de un proceso de años. La cristalización de un estado de espíritu y de conciencia colectiva.

Hoy la revolución no está perdida, ni mucho menos. Está, sencillamente, en un trance más o menos dramático de su natural desenvolvimiento. Ni la burguesía puede recuperar lo perdido, ni podrán sus agentes directos o indirectos restaurar poderes y derechos definitivamente derrumbados. Estamos en el cruce de los caminos. La dirección que tome el proletariado puede conducirlo hacia su emancipación colectiva o llevarlo de nuevo a la situación deprimente en que se encontraba antes del alzamiento fascista. Hay fuerzas que pugnan en las dos direcciones. Las más poderosas van hacia la izquierda; las más astutas, hacia la derecha. Existe una fórmula infalible para no equivocar el camino: la alianza obrera revolucionaria. La unión de todos los productores en la base. En las fábricas, en los talleres, en los campos, en las minas, en los centros vitales del trabajo, donde se amasa la verdadera revolución, porque es donde se trabaja y desde donde se pueden mover a voluntad las palancas de la orientación social.

La C. N. T. está bien dispuesta. No hace política con la unidad. La busca, la anhela, la reclama, no para sí, ya que no quiere monopolizar el poder político o económico, sino para los obreros, para el pueblo productor sin distinción de partido, porque será él quien asuma la plena potestad de sus reivindicaciones logradas.

Unidad en la base. Manos obreras en las palancas de la economía. Manos de obreros auténticos en la estrella del timón. Manos de obreros, U. G. T.-C. N. T. en los problemas, en la administración, en la dirección de la vida colectiva.

Si fuera dable lograr eso, que tanto se necesita para salvar y aumentar los frutos de las heroicas jornadas antifascistas, nadie podría contra la España proletaria.

La unidad abajo debe imponer silencio a la de arriba. El voto de los obreros, dando en la fraternal comunidad del cotidiano esfuerzo creador, es el que debe determinar y marcar el rumbo. Unidad en la base.

Para ganar la guerra.

Para impulsar la revolución.

Para estructurar el mecanismo y regular la función social de la economía aplicada a fines claros y concretos.

Para crear de inmediato:

Los consejos generales de industria, el principal órgano de sistematización y de garantía de las conquistas obreras. Para legalizar y hacer que de derecho todo lo que retiene al proletariado industrial y campesino en sus manos sea suyo, absolutamente suyo, y lo aplique y lo condicione a la demanda del interés social, fundido en ese anhelo superior de justicia que late y palpita en el alma de todos los trabajadores.

La C. N. T. y la U. G. T., desde el Gobierno, o fuera de él, si se lo proponen, si se unen, si se trazan una línea, o un plan de realizaciones efectivas, no tienen más que aplicarlo, porque todo está en sus manos. La industria, la agricultura, el intercambio, la producción, el consumo.

Dejarlo en manos ajenas, confiarlo a la administración de los políticos, abandonarlo o dejárselo arrebatar, sería un pecado que la historia no podría nunca disculpar.

Somos los dueños de la economía. La riqueza es trabajo y el trabajo es nuestro. Seamos los dueños. No lo entreguemos.

De cada taller, fábrica, etc., debe salir el mandato para los dirigentes nuestros, para los que no deben nunca dejar de ser nuestros delegados ejecutores.

Somos los que trabajamos, debemos ser los que dirigimos y administramos. Hay que esquematizar el problema. O se cumple la voluntad revolucionaria de las masas, o ellas sobrepasan, como un torrente, por sobre todos los obstáculos, para entrar en pleno dominio de sus derechos y de sus deberes sociales. En la base la unidad. En la base el voto decisivo. En la base los acuerdos fraternales. En la base la U. G. T. y la C. N. T., y el que no quiera esto que se aparte o que se reintegre al taller, al campo o a la mina para ganarse el pan con el sudor de su frente. Eso es lo que se impone.

R. C.

U. G. T. Unidas y al frente de las demandas obreras C. N. T.

El pueblo exige soluciones

Los hijos de los milicianos tienen derecho a comer

Los hombres y las mujeres de los sindicatos deben proponer a sus respectivas Juntas, la creación de grandes almacenes sindicales en cada barriada. Y las Juntas deben escucharlos y poner inmediatamente en práctica esa iniciativa.

Los almacenes o cooperativas creados por los sindicatos, aprovisionados directamente desde los lugares de producción, pudiendo existir un centro de distribución, controlados por los mismos sindicatos harían posible la fijación de precios mucho más bajos para los artículos de consumo e impedirían el alza fabulosa en exclusiva ganancia de los tenderos.

No se concibe que en plena guerra, cuyas necesidades son apremiantes y múltiples, y cuando todos hablan de revolución, haya quienes especulan con el hambre del pueblo. No se concibe que en estos momentos pueda comer solamente quien tenga dinero. Y lo que de ninguna manera debe admitirse es que mientras unos carezcan hasta de lo más necesario, otros se traten a cuerpo de rey, porque les sobran pesetas.

Los trabajadores, siempre dispuestos a las nobles obras, se resignan a recibir salarios modestísimos, convencidos de que el dinero se necesita y en gran cantidad para adquirir material bélico. Con sincero espíritu de sacrificio, se imponen las mayores estrecheces.

¿De qué privilegios están investidos los tenderos? ¿Por qué no rigen para ellos las privaciones que exige la guerra?

Se ha pedido y hasta se ha exigido la colaboración de todo el pueblo para ganar la guerra.

¿Por qué mientras los trabajadores lo dan todo y todo lo sacrifican, los comerciantes realizan pingües negocios, magníficamente reforzados por las continuas alzas sorpresivas?

¿Es que los comerciantes sólo tienen derechos y no deberes? ¿Es que los comerciantes no han de contribuir a la guerra? ¿Es que los comerciantes no forman parte del pueblo?

¿Son enemigos del pueblo acaso?

¿Por qué ante la gravedad de los acontecimientos, no se suprime el comercio privado?

Medidas mucho más radicales se han tomado en otros órdenes.

Por otra parte, sería una revolución eficacísima para evitar el descontento, aventar el pesimismo que va invadiendo los ánimos, y formar una retaguardia unida y fuerte, dispuesta a todos los sacrificios, condición indispensable para la victoria.

¿Hasta cuándo todas las cargas han de gravitar exclusivamente sobre las espaldas de los pobres, mientras la burguesía acumula pesetas sin tasa ni medida?

¿Para qué lamentarnos?

Seamos revolucionarios en los hechos. Procedamos. Hagamos nosotros lo que no hacen quienes debieran hacerlo.

No nos dejemos robar más. Vayamos inmediatamente a la creación de los almacenes sindicales de barriada. Demostremos que en los sindicatos se actúa la voluntad del pueblo; que ellos velan por los intereses del proletariado; que ellos harán la revolución pese a quien pese.

El Sindicato debe ser, es, la herramienta revolucionaria del pueblo. Usémosla.

Si a un obrero se le exige el sacrificio de su vida y el hambre de sus hijos para ganar la guerra, lo menos que se le debe exigir a un comerciante es que cierre su tienda.

La creación de los almacenes sindicales de barriada, sin violencias ni estridencias, acabarían con la especulación de los tenderos.

Los sindicatos tienen la palabra.

C. N. T. - U. G. T.

Del discurso del camarada Zabalza, pronunciado en el mitin de clausura de la Conferencia convocada por la Federación Española de Trabajadores de la Tierra, U. G. T.:

. . . . . .

«Nuestra concepción, camaradas de la C. N. T. y la F. A. I., es de que desaparezcan los mojones que separan parcelas y propiedades, inclusive las que determinan la situación de fronteras. Esa es nuestra aspiración.»

«Hemos acordado defender nuestra autonomía en el orden sindical, cooperatista y, en fin, en todos los terrenos. Nos oponemos a que se nos impongan normas que aun por móviles generosos se hacen por caminos equivocados, pero juzgamos más cobarde abusar de la permanencia en el Poder y destruir nuestra obra, dispensando mercedes y estimulando el egoísmo.»

. . . . . .

«Hay un desmedido afán por defender a los pequeños propietarios, a los cuales nadie ataca. Claro que no se trata de pequeños propietarios con 200 hanegadas de tierra. Se les apoya oficialmente.»

«Por un decreto de la Revolución se quieren devolver los bienes a los elementos facciosos en detrimento de los revolucionarios.»

El orador constata con amargura esta obra desleal en momentos en que nuestros hombres se baten en las trincheras.

. . . . . .

«Los trabajadores no han ido a las trincheras para defender una República burguesa.»

Giros recibidos en Marsella para esta Administración

La Bouilladisse, O., 110 francos; Saint Fons, S., 50; Viennes, J. B., 41'25; Tarbes, M., 50; Carcassonne, C. M. 80; New York, A. M., 105'25; Chicago, D. L., 105'25; Saint Gilles, F. A., 38'35; Steubenville, J. L., 215; Alés, G., 35; Toulouse, M., 200; Limoux, A. B., 40; Colombes, J. Ll., 47; Canceran, D. J., 54; Perpignán, J. B., 135; Champigny s/. Marne, R., 375; Le Cres, B. F., 200; Mazamet, J. G., 80; S. Amans Soult, J. R., 100; Mazamet, M. M., 130; Albi, R. H., 150; Nimes, J. R., 271'50; San Francisco, J. N., 10 dólares; Cultura Proletaria, New York, 30 dólares; Champigny, R., 315 francos; Argenteuil, J. M., 106'50 francos.

El 13 en el Goya

Gran Mitin, organizado por las Juventudes Libertarias de Teléfonos, para el día 13, a las diez de la mañana, en el Teatro-Cine GOYA, en el que tomarán parte los siguientes compañeros:

MARIANO TOMÁS, por la Sección Teléfonos Barcelona y JJ. LL. de T.

JOSÉ PEIRÁS, por la Federación Local de JJ. LL. de Barcelona.

SEGUNDO MARTINEZ, por el Sindicato de Comunicaciones y Transportes.

MIGUEL TERREN, por el Comité Nacional de Relaciones de Teléfonos.

M. BARRACHINA presidirá, por las Juventudes Libertarias de Teléfonos.

Esperando que todos los jóvenes libertarios y simpatizantes no falten y especialmente los compañeros telefónicos.

TODOS AL TEATRO GOYA

TODOS AL GRAN MITIN

MIENTRAS DECIDE LA METRALLA

SOMOS UN POQUITIN LEVANTISCOS LOS ESPAÑOLES, según parecer de quienes dicen conocernos, y ha de ser así ya que a uno mismo le es siempre difícil entenderse el genio. Y también dicen que un poco por ese geniecico y otro poco por la educación que Lorenzo, Mella y Ferrer nos dieron, fué posible que aquí los Mussolini, los Hitler y los Dollfus, se quedaran haciendo piruetas. Como siempre, los últimos que ignoran la alhaja que tienen son los de la propia casa. Por ignorar eso, por creer que con un golpe seco en la nuca nos tenía fritos, es que Von Franko y su comparsa pena lo que pena.

PERO QUE DEL MISMO PIE COJEEN los que están más a nuestro lado y que por no ser militares tienen menos obturada la mente, eso ya linda con lo ridículo. Les ha dado por el sonsonete del orden, de la disciplina, de la obediencia y etc., en la retaguardia, como si esa no hubiera sido la espontánea característica sobresaliente del pueblo español antifascista luego del 19: alegría desbordante en las calles y paseos donde la fraternidad orientaba al respeto mutuo aun en las noches menos iluminadas, fraternidad en las carreteras, fraternidad en los campos. El orden público estaba garantido por el pueblo mismo, pues no era un orden en beneficio de gobernantes o capitalistas, sino un orden de bien popular. Recórrase la prensa y las estadísticas y se verá que si algo desagradable ha pasado en España, es recién cuando la fuerza pública quiere imponer su orden público.

¿SALE MEJOR AHORA LA PRENSA que cuando no se la sometía a censura? Al contrario, pues a las diarias querellas ha sumado las contra "Doña Anastasia" y los diarios salen mal presentados y con retraso por el desorden que representa una censura que mejor es no mencionar. ¿Qué le dicen a los noveles gobernantes las estadísticas de policía? ¿No aprecian cómo la moral se afecta y el nerviosismo cunde cuando se hace una tal ostentación de fuerza pública, la que, por otra parte, tampoco olvida que es hija del pueblo? Orden sobre; de disciplina se ha tenido el mejor ejemplo al cubrirse en un noventa por ciento las plazas de la llamada a quintas (que descontando enfermos, desaparecidos, etc., hace un cien por ciento).

SEGURAMENTE HABLAN DE OTRO ORDEN y debe haber algún error, y para que no sigamos en confusión convendría aclarar. A ver: ¿de qué orden habláis vosotros? Por nuestra parte hablamos del orden obrero revolucionario, del orden que consiste en trabajar todos la tierra de todos, en trabajar todos las fábricas de todos, en vestir y en comer todos los que trabajan y en dar el pecho al enemigo todos los que se dicen antifascistas. ¿Es eso?

¡AHÍ ¿CONQUE VUESTRO ORDEN es eso, pero un poco distinto? A ver, vengan las distinciones. ¡Conque nada...! Que se respete la pequeña propiedad de quien no tiene más que un castillo y unos centenares de cabezas de ganado y diez o quince labriegos a sueldo; que se ayude al pequeño industrial que en vez de explotar a centenares de hombres sólo lo haga con menos de cincuenta — cuarenta y nueve, por ejemplo; — que no se ataque "la libertad de trabajo" de los curas pobres, antifascistas y leales que con sus respectivas monjitas tan violentamente fueron desalojadas de esos molestísimos lugares de culto que ahora tan bien sirven de depósitos cooperativos; un orden en el que el obrero trabaje — que para eso ha nacido — y en el que el burócrata y el político cobren y hagan leyes sobre el trabajo — que para eso han nacido; — un orden en el que cada uno disfrute lo suyo, de manera que quien no pueda más que vivir en un cuchitril, comerse las uñas y llevar a su mujer de paseo por las plazas, no cele ni atente contra quien puede salir de su torre en regio auto para llevar a su mujer al gran teatro.

SEGURO QUE CON ESAS "PEQUEÑAS DIFERENCIAS", debe cambiarse el orden popular revolucionario por el "orden" del gobierno democrático burgués, es decir, por un orden de clase, por un orden de partido. Está bien. Mr. Negrín, sois lógico y ante la lógica los españoles nos inclinamos; también es lógico que luego de inclinarnos nos levantemos, porque, sabe, los españoles somos un poco levantiscos, sabe...